

2017

TUDO ES POSIBLE



Jaime Martínez Fuentes  
HOSPITAL NACIONAL DE  
PARAPLÉJICOS  
4-6-2017

Aquella noche no tenía nada de especial, era una noche como tantas otras. Cambiaba la ubicación, de la ciudad a la playa; el tiempo, del frío veraniego de mi ciudad del interior, por el calor mediterráneo de la costa. Pero la noche era la misma, una oscuridad interrumpida por la luz de la luna, donde el silencio era la banda sonora, la soledad de las calles y la tranquilidad del mar el decorado de cada escena y mis amigos y yo, el reparto de una obra cinematográfica. Todo cumplía su papel como cada día.

En la primera escena el actor principal, yo, compartía un rato con un familiar, mi padre, con el cual disfrutaba de un intenso y emocionante acto deportivo, y no uno cualquiera, sino la gran final de la Champions de nuestro querido Real Madrid. Tras la victoria dio paso a la segunda escena, la celebración con los amigos, la cual fue una excusa más para quedar y salir a tomar algo todos juntos porque a la mayoría, el partido les interesaba bien poco por no decir absolutamente nada.

Durante la noche decidimos dirigirnos a la playa donde anduvimos por el paseo marítimo sin rumbo ni destino ninguno que tomar. De repente vimos una especie de fiesta de un grupo abundante de gente joven de nuestra edad, incluso de unos años más mayores que nosotros, por lo que sin pensarlo 2 veces tomamos las coordenadas y nos dirigimos hasta allí. Así a lo tonto estaba cumpliendo una fantasía o un sueño que siempre tuve, que era ir a la playa por la noche y poder disfrutar y formar parte de esa fusión de un horizonte inexistente entre el mar y el cielo. Algunos se sentaron en la arena, otros se quedaron de pie y otros como niños pequeños y rebeldes nos descalzamos y nos mojamos los pies, chapoteando y salpicándonos los unos a los otros.

Recuerdo alguna música de fondo y algún tímido baile que otro que se quedaban en el intento, y pese a nuestra vergüenza de niños de 18-19 años estaba siendo una noche muy divertida en muy buena compañía. En todos los grupos, siempre hay algún amigo/a con ideas absurdas y descabelladas, que solo a él se le ocurren, o, mejor dicho, solo él las sueltas por la boca y las propone al resto sin pensar. Ese iba a ser yo una vez más, y en compañía de otro amigo nos empezamos a desnudar con el propósito de bañarnos un rato. Pensándolo ahora, no tenía lógica lo que hacíamos porque no íbamos preparados, no llevábamos bañador, ni toallas para secarnos después, pero ¿cuantas cosas a lo largo de nuestras vidas hacemos sin pensar y sin lógica ninguna, sino que nos dejamos llevar por el momento?

Una vez que nos quedamos tan solo en ropa interior, nos miramos el uno al otro como diciendo: -sí, ¿no?

Y empezamos a correr como un pollo sin cabeza hacia la orilla e introduciéndonos cada vez más en las aguas del mar. Mi cabeza en ese momento no pensaba, únicamente disfrutaba, reía y era feliz. Seguía corriendo, pero cada vez con más dificultad porque el agua iba atrapando mi cuerpo cada vez más, cada paso era más profundo hasta que llego un punto en el que no podía avanzar más y opte por tirarme y pasar una de las olas que se aproximaban hacia mí. ¿Por qué de cabeza y no de espaldas, o simplemente dejarme caer o quedarme quieto en el sitio? Fue un acto reflejo que repetí como en otras tantas ocasiones pasadas.

Esta vez no iba a tener el mismo resultado que los miles anteriores, y no por el final que iba a tener esta última, sino porque cada acto, por muy idéntico que lo repitamos, nunca es el mismo, vivimos en un constante cambio. Igual que si habláramos de una fotografía. Podemos captar la misma imagen sin notar cambio ninguno, pero solo lo reflejado visualmente, ya que cada instante es único y no vuelve, se llama tiempo.

Entonces comenzó la tercera escena, y al zambullirme en el agua y pasar la ola por debajo, mis manos se toparon con una duna de arena impidiendo el paso y produciendo un choque no muy fuerte, pero sí decisivo en mi camino, en mi vida. Esos choques con los miembros superiores de mi cuerpo encadenaron un segundo impacto muy ligero con mi cabeza en aquel montículo de arena. En ese mismo instante dejé de reír y sin ser consciente de lo que me estaba pasando tuve unos segundos de desorientación. Intente ponerme de pie, pero era incapaz, intentaba moverme y no podía, desde aquel momento mi cuerpo se dividió en 2 partes. Por un lado, estaba mi cabeza y mi mente, y por otra parte un peso muerto, un cuerpo pesado de cuello para abajo. Estaba totalmente bloqueado e impactado porque no daba crédito a lo que estaba sucediendo, no entendía porque no me podía mover. La única parte que tenía respuesta por parte de las ordenes de mi cerebro era mi cabeza, pero era insuficiente para poder pedir auxilio. Intentaba sacarla del agua, pero era inútil solo me producía agobio, no era efectivo. Me calme e intente pensar con claridad hasta que por fin escuché la voz de mis amigos diciendo: - Venga Jaime, deja de hacer el tonto, ¡sal!

En ese momento me daba por perdido porque no llevaba la cuenta del tiempo que estaba boca abajo en el agua sin respirar y con apenas oxígeno para seguir aguantando. Fue un momento de mucha angustia. Todo oscuro sin ninguna visibilidad debajo del agua, sin ninguna movilidad útil en aquel instante, con la sensación de que el mal me tragaba hacia su interior, alejándome de la orilla, de mi gente y de la vida.

A la cabeza me venían muchas cosas, pero no era como en las películas que cuando vas a morir se te pasa toda tu vida de repente por delante como unas viñetas de un comic, no. Se me pasaban todas aquellas cosas que me quedaban y quería todavía hacer.

Esos minutos bajo el agua pensaba que era mi agonía, pero el verdadero calvario no era para mí, porque yo al fin y al cabo moriría unos minutos antes o después, el verdadero calvario era para aquellos a quienes dejaba atrás cargando con la cruz de la culpa.

No podía dejar que eso sucediera, tenía que dar la cara por mis actos y por resolver lo que estuviera en mi mano y mi poder. De repente, me sacaron del agua y me retiraron a un lado de la orilla en el que poder reposar en la arena y poner un poco de concordia en mitad de la madrugada del domingo.

Mientras llamaban y llegaba la ambulancia, a mi alrededor se empezó a formar un círculo cada vez más grande y repleto de gente a la vez que dejaban caer preguntas tras preguntas. La mayoría sin respuestas o con respuestas incorrectas porque hasta el momento no sabíamos que es lo que estaba pasando ni el nivel de gravedad de lo sucedido.

Mi historia es y será siempre una carrera a fondo, de la que ya van casi 23 meses y que aquel 4 de junio del 2017 no iba a ser la última vez que yo renaciera, ya que hasta el día de hoy ha habido muchos picos en la gráfica, de estar arriba como de estar abajo.

Mi cumpleaños siempre será el 14 de octubre, pero también lo es el 4 de junio, puesto que aquella madrugada volví a nacer y comenzó mi nueva vida. Una vida no diferente a la de los demás, sino diferente a la mía anterior. Una vida de superación diaria, paciencia infinita, de entereza, firmeza y valor, y sobre todo constancia y dedicación.

El diagnóstico inicial fue una lesión medular cervical de nivel C4-C5, ASIA A, tetraplejia con una probabilidad de mejora del 20-25% del total del cuerpo. En ese instante, todo perdió sentido. Las noches eran largas, las mañanas angustiosas y los días pesados. No tenía movilidad ni sensibilidad, no tenía control de esfínteres, no podía comer por mí mismo, ni siquiera secarme las lágrimas o sonarme la nariz después de cada llanto. Mi cuerpo no me correspondía, formaba parte de un muñeco en manos de auxiliares, enfermeros, médicos e incluso de mis padres, los cuales hacían uso cuando les venía en gana sin que yo pudiera hacer nada al respecto.

Los días pasaban, las esperanzas se apagaban y las preguntas seguían sin respuestas. La felicidad había perdido su brillo y la razón su significado.

Un día algo cambió, esa división de mente y cuerpo había desaparecido, conectaban una parte por mínimamente que fuera, porque seguían formando un único bloque, un todo y a la vez la nada. Mi brazo derecho empezó a tener respuesta. Al cabo de los meses fueron las piernas las que se unieron a la fiesta de la conexión motora y con el tiempo la sensibilidad detono y despertó del sueño en el que se encontraba.

Ahora había muchas más preguntas que hacerse y muchas menos respuestas, ya que con la lesión que abarcaba era una contradicción hacia los cambios y evolución en mi estado físico diario, era algo inexplicable a ojos de la ciencia y de las estadísticas, durante tantos años de investigación.

Cada vez los cambios eran más notables y más impactantes. La independencia que parecía un imposible, se estaba empezando a conseguir, la autonomía y la libertad que la lesión había encadenado y encarcelado, al principio en una cama y después en una silla de ruedas, a día de hoy poder conseguir a dar los primeros pasos de este nuevo camino que tantos obstáculos tenía al inicio.

A día de hoy siguen sin tener respuestas muchas preguntas, siguen sin entenderse muchas cosas que han pasado en mi lesión, sigue sorprendiendo sin tener una explicación empírica...

Pero si algo he aprendido gracias a la lesión medular, es que las estadísticas están para romperse, que todo pasa por algo y que pensar o buscar sentido a las cosas que hacemos o que suceden es absurdo, porque podremos frenar el futuro o modificar el guion de nuestras vidas alguna vez, pero cuando algo debe de pasar, pasará inevitablemente.

Porque del destino, no se salva nadie.